

Adiós juventud

7 y 3. JAIME ROOS. (Orfeo)
El tambor | La hermana de la Coneja | Mío | Esta noche | Lo que no te di | Te hizo vivir.

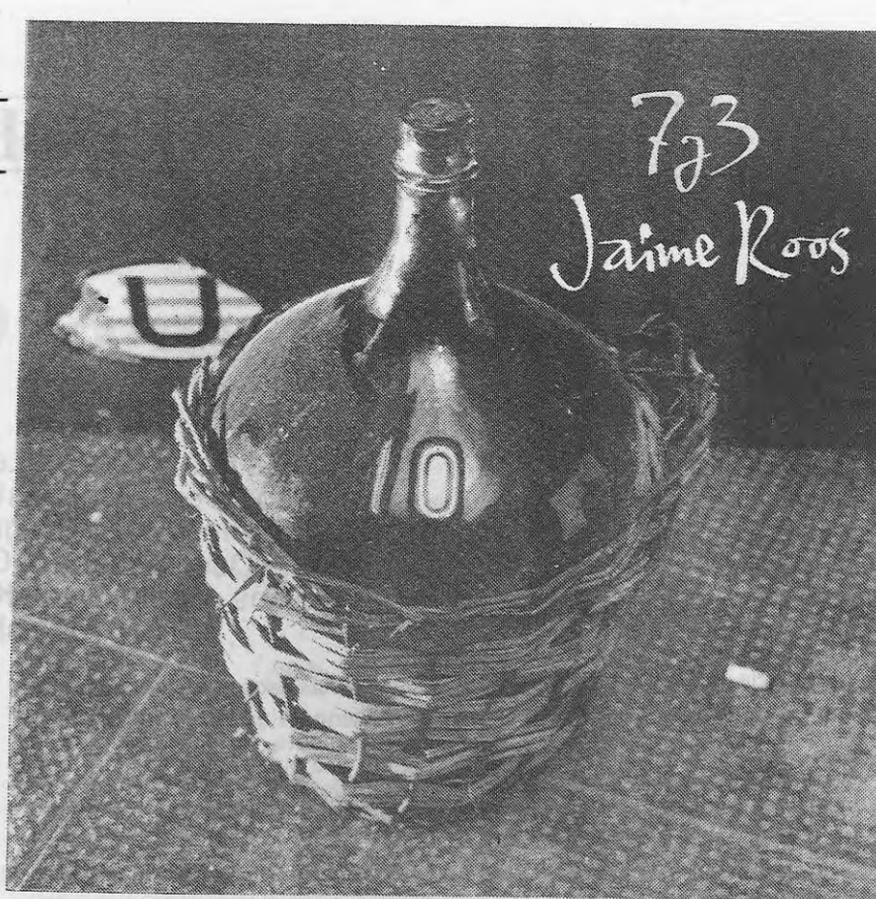
Cada vez que se rumorea la aparición de un nuevo disco de Jaime Roos crece una enorme expectativa, y luego —una vez en el mercado— la placa tiene una enorme respuesta comercial por parte del público. Pero este parece no ser el caso de 7 y 3, último larga duración de Jaime, que toma su nombre de una fórmula que "entona y saca la sed": siete partes de vino y tres de coca-cola. En principio, el disco se diferencia de los anteriores en que no contiene ningún tema que sobresale del resto, a manera de *hit*, que luego es cantado una y otra vez por la mayoría de los uruguayos.

Aquí, Roos se preocupa fundamentalmente por la calidad del sonido y algunos arreglos realizados para un grupo base integrado por músicos de reconocida capacidad: Hugo Fattoruso (teclados), Alberto Magnone (teclados), Estela Magnone (teclados, còros), Eduardo Mateo (percusión, guitarrá), Pablo Faragó y Jorge Nasser (guitarra y bajo, respectivamente, del grupo *Niqueñ*). Pero todos estos jugosos e intrincados tecnicismos terminan en cierta manera a medio camino entre el desconcierto y la oquedad. Los temas carecen de sustancia y corazón. Casi todos refieren a otro tema anterior del propio Roos; mejor tocados, mejor grabados, mejor ecualizados...

Pero todo se parece mucho a una copia de sí mismo, a una autocaricatura. Las vocalizaciones a veces parecen una burla de la manera de cantar de Roos. Mucho amaneramiento, poca expresividad. Los collages y las entradas tipo "un, dos, tres, voy..." ya entran a cansar y no tienen la fuerza y sugerencia de aquel relato futbolístico que daba inicio a *Hermano te estoy hablando*. Todo ya fue oído (de manos y labios del mismo Roos), quizá en forma más precaria pero con mayor sentimiento.

El tambor es uno de esos clásicos temas *para grupo y cuerda de tambores*, sin ningún atractivo en particular. *La hermana de la Coneja* intenta ser una canción-historia, conceptualmente vacilante entre lo que puede ser una canción de Ruben Blades o Willy Colon y una suerte de dogmatismo murguero (el texto es de Raúl Castro, letrista de *Falta y Resto*). Como canción irónica no es convincente, como tema urbano apenas es una pálida versión ochenta y seis de viejas milongas de Dino. Alguien como Roos, que tan bien domina el *inconsciente colectivo* de los montevideanos y que posee un soberbio manejo de lo popular, sabe de ejemplos infinitamente menos burdos que éste, y de mayor efectividad.

Esta noche es tal vez el tema, más destacable del disco, o bien el más representativo de la placa a nivel conceptual. Un texto pobre (resulta poco creíble oírle decir a Roos: "a mí no me quieren") es cantado una y



otra vez sobre una instrumentación muy bien ensamblada donde se destaca el bajo "funky" (en realidad, un sintetizador DX 7 con el registro "Super Bass") que Hugo Fattoruso interpreta con una diversión admirable.

Te hizo vivir es una mezcla entre las armonías de Chico Buarque (explicitación del homenaje que Roos hace al dedicarle el disco), los coros de aquel incitante *Duermase la mamá* (incluido en *Para espantar el sueño*) y un sonido de percusión que es característico de Mateo desde el antológico disco donde estaba solo y se

lamía muy bien. Al final, cuando termina el disco se tiene la sensación de que todo pasó muy rápidamente, que la placa terminó antes de lo debido sin que ningún tema lograra saciarnos completamente.

Los delicados equilibrios entre lo formal y lo concéptual, tal vez han jugado otra mala pasada. La obsesión purista se tragó el encanto y la magia.

O acaso simplemente es que yo envejezco, tú envejeces, él envejece...

Fidel Sclavo

Cable a tierra

Los pos-hombres

por Raúl Forlán Lamarque

No hay caso: la geografía, la que pisamos con irritable voluntad restauradora—¿por qué?—, comienza a percudir el hueso, a dolerlo. La geografía parece golpear hondo, con furia, y hasta con cierto silencio cómplice y despiadado. Ya, aquí mismo, no es extraño sentir montevideanamente en los párpados una áspera película de tristeza o desaliento. Una secuencia de *no va más*.

Estas sensaciones se multiplican en nuestro *pais cultural*, tanto como los proyectos. Como que se han empañado los espejos (la identidad) y una voraz estridencia confunde las posibilidades del *aquí* y *ahora*. Por lo tanto, vaya contrariedad, la noción de futuro se nos escapa de nuestros raros peinados nuevos.

Nos estamos alejando de nosotros mismos. Y como canta Pablo Milanés, *nos vamos poniendo viejos*, abuelos a los 25 años. Demasiado estúpido —¿hay otro término?— concederle, a lo que llamamos —sin hiato— futuro, esa lejanía de línea de horizonte que no se ve.

Dije *desaliento*; y no es un dato accidental: siento, además, que en los intelectuales hay como una levedad de pensamiento. (No quiero ser agresivo, pero lo siento de ese modo). Nadie sufre de esa perversión sugestionadora de los sentidos; y lo que puede ser calificado como *nuevo*, sin comillas, no significa nada. Vuelvo a preguntarme por milésima vez hacia dónde vamos. Y la pregunta canta, diría Neruda. Algo así como empaparse de puntos suspensivos y dejar que la *cosidad* asuma un rol de costurera. Tan sólo remendar agujeros, visitar el pasado y aplastarse con ese calor de verano que llamamos *melancolía*. En realidad, precisaríamos tener taquicardia. Mucha cocaína.

La respuesta, vaya paradoja de la realidad, es tomarse un DC 10. Una

vez más alejarse. No es exilio económico —que lo hay, desgraciadamente— ni político. Es quizás exilio cultural. Los jóvenes intelectuales y artistas, hartos de rebotar en proyectos trunco, se empiezan a ir del país. Es, y fijense lo que produce esa sensación de desaliento antedicha, un alejarse a *ver qué pasa*. Conjugan valientemente el *nowhere man* | *nowhere road* y pedir prestada otra geografía sencillamente para respirar. Y asimismo para apostar a ese tomar distancia que, generalmente, ayuda decisivamente a entender el sentido a fondo de lo que hemos pasado en más de una década. Irse. Un rock de garaje, después, responderá por tanta herida.

Cuando algún colega, hace unos meses se refirió —siempre hablando de nuestra sustancialidad cultural— a la existencia de una asfixia, fue severamente criticado por algunos pares, provocando una estéril polémica — de la que fui también protagonista— que no dimensionó resultados nobles o positivos. En definitiva se efectivizaron encontronazos, roces, algunas puteadas y distanciamientos. Es que, y he aquí otro dato para no repetir en el '87, las polémicas se han vuelto un mero ejercicio narcicista. Mientras tanto, el *mundo pasa, mundo corre* y la cultura, si bien no ha anestesiado su actividad, su puesta en escena, no está generando *grandes momentos*. Yo pregunto: ¿somos conscientes de ese recato que prohíbe el riesgo? ¿Somos lo suficientemente adultos como para reconocer esa cultura del susurro? ¿Cuándo vamos a reconocer esa crisis, llamémosla —sin cursilería metafísica— del alma, que no nos deja vencer el desaliento y la dispersión, el escepticismo y la falta de contrastes?

Como integrantes del globo terráqueo, hemos entrado en la era de la *posmodernidad*. Así lo ha calificado el filósofo Jean Baudrillard; y no lo ha hecho para adosarle una

etiquetá más al mundo del Cinzano. Dice Baudrillard: "*Ahora nos domina la melancolía. Estamos haciendo un trabajo de duelo de la modernidad, el progreso, el mito de la producción. A lo mejor ni siquiera llegamos a hacerlo y por eso nos congelamos en la melancolía. No vemos surgir energías nuevas... Ya no habrá algo excepcional que suceda, ni revolución alguna*". Y, entonces, al sur de Baudrillard, ¿qué respuesta de tipo cultural podemos vehicular? Transgredir.

Pasar en limpio la realidad, sin que nos gane ese impulso de traductor/traidor. Eso es. Porque veo que, en las entrelíneas del pensamiento de Baudrillard, se asume la prescindencia. ¿Ese es el camino? Pregunto porque es la tónica que predomina en el hemisferio norte. Dejarse llevar por los acontecimientos y andar por las tangentes. Me niego; pero también denuncio —con amargura— que la cultura rueda obediente por nuestros puntos cardinales sin provocar asombros, sin conmocionar, ni volar el seso a sus espectadores. Y la conducta de éstos, siempre importante, parece simplificar sus gestos al reflejo condicionado. Mañana fue otro día. Esa es nuestra posmodernidad ¿subdesarrollada?

Quienes me leen —que deben ser pocos, seguramente— quizás, piensen que estoy contradiciendo mi propio discurso. No es así. Muchas veces —sí— he denunciado el compromiso exacerbado que, finalmente, logra robotizar a la gente. No me contradigo. Están allí, como alentadores del desaliento, esas dos señales fácilmente reconocibles: el compromiso exacerbado y la prescindencia. Quiero decir, pues, que no hay equilibrio. Y que, en consecuencia, se vive en los bordes, viendo desde lejos la madre del bastardo.

Todo tiempo pasado fue peor. Lo siento así, con las excepciones obvias de todo proceso o

Para Willy. A quien correspondá.

etapa. Mañana siempre es mejor. Claro: lo que ocurre es que, la noción de mañana, es una metáfora demasiado endebles. Un pote de gelatina en el freezer.

La gente —el público que provoca que haya una dinámica artística plena— ya no se siente seducida por las butacas y los escenarios. El dinero no alcanza, es cierto. Pero el interés, el deseo, la curiosidad, tampoco alcanzan y, por lo tanto, los estímulos se muerden a sí mismos. Se ciegan ante la TVmanía.

Hemos entrado a la era de los pos-hombres. Estar más allá del bien y el mal: no estar. ¿De qué estamos hechos? Es el tiempo, al parecer, del *after*. O sea, y en pocas palabras, fomentar una patética acumulación de simulacros. Caras y máscaras. Con resultados que, a la hora de discutirlos, los entierran en monólogos falsamente teóricos y trasnochados.

Bien. La cultura se mueve, sí. "*Ahora nos domina la melancolía*", dice Baudrillard. Y también nos domina una estética de la nostalgia. Saltamos. Tenemos que abortar esa especie de podredumbre (léase recato). Quiero purificar mi capacidad de asombro. Salir de un espectáculo verdaderamente conmovido. Dejar atrás ese *estuvo bien* o *estuvo mal*. Sentir que volvemos a acercarnos y que empezamos a hablar un mismo idioma: el de resistirnos, no para subestimarnos sino para renovarnos.

Quiero ver que esa asfixia, que es palpable —y el que no la respira necesita un pulmón—, se transforme en pluralidad. Lo demás, probablemente, es material narrativo para los horoscopistas.

Me gustaría oír una respuesta. Porque el desaliento, también me hace preguntar constantemente para quién escribo. Hay franquicias. ¿Quién se atreve?